

*escrito completamente en el *Sémaphore du Créac'h* de la isla de Ouessant en mayo de 2014, dentro del Programa de Residencias para artistas de Bretaña, Francia. Traducido al francés por Catherine Le Ferrand y publicado ese mismo año en 'Le petite collection du Goéland Masqué'.

Cenizas

Marcelo Luján

El jueves, sobre las siete de la tarde, después de más de un año, volví a ver a mi hermana. Reconocí de inmediato su rostro aunque lo escondiese tras aquellas gafas oscuras, aunque llevase puesta una gorra de visera y aunque yo, aun con el barco ya atracado y la tripulación fuera y los pasajeros caminando por la explanada, siguiese dentro del coche. Ahí estaba Pauline, jovial y despreocupada. Vi el bulto de su mochila al girarse para hablar con un hombre alto. Y vi cómo se le estiraba la boca al sonreírle. Tardé en ir a su encuentro. Tardé, incluso, en salir del coche. No habíamos vuelto a ser las mismas desde la muerte de madre. Y no sabía yo si el tiempo podría apaciguar ciertas heridas. Probablemente no. Enseguida me vio. Enseguida su mano agitándose entre la gente.

Me llamó el sábado para decirme que vendría a la isla. «Sé que es un poco precipitado, Nanou, pero tengo ganas de verte». No me estaba diciendo la verdad. Entonces agregó que querían aprovechar el puente de San Isidro. Recuerdo que me quedé un momento en silencio. Sabía que Pauline llevaba meses viviendo en Madrid, que estaba a gusto allí, que había encontrado una especie de trabajo a tiempo parcial, que compartía piso con una chica inglesa. Conozco demasiado a mi hermana como para saber que todo eso era cierto. Lo que no sabía, porque no me lo había dicho ni insinuado en ninguna de nuestras escasas conversaciones telefónicas, era que se hubiese echado novio. Quiero decir un novio al que quisiera traer a la isla. «¿Queremos?», pregunté algo desorientada. Pauline, que nunca fue de dar rodeos, me lo explicó sin más. Rió brevemente y me dijo su nombre, su edad, algunos aspectos físicos, su nacionalidad, y que no hablaba ni entendía una sola palabra de francés. Volví a quedarme en silencio. «Entiendo. Y queréis pasar unos días en la isla». Apurada, repitió que también tenía ganas de verme. Mentía. Por

supuesto no se lo dije pero me hizo poca gracia la idea de que intentase venderme gato por liebre. Llevábamos demasiado tiempo sin vernos. Por compromiso y porque no quise discutir con ella, le dije: «Ya sabes que puedes venir cuando te apetezca». Asintió. «Esta casa también es tuya». Hubo un breve momento de desconcierto, como si ninguna de las dos quisiésemos que saliera el tema de madre nunca más. «Llegaremos el jueves por la tarde», me dijo, «y nos quedaremos hasta el domingo». Creo que le respondí que me parecía bien. Después hablamos de los nuevos inquilinos de la casa de Brest, le pregunté si los giros le llegaban puntualmente y me respondió que sí.

Soltó un grito y nos abrazamos y mientras eso ocurría pensé que estábamos entorpeciendo el paso de la gente. Alguno que otro se dio la vuelta para mirarnos cuando Pauline se quitó las gafas y volvió a expresar su alegría con otro grito. Me apretaba contra su cuerpo y en cierto momento llegué a pensar que finalmente me había perdonado. Creo que fue ahí cuando su gorra de visera se cayó al suelo. Entonces observé su pelo: azabache, liso, brillante, y hermoso. Pensé: tiene el mismo pelo que madre.

—Nanou, él es Fabián.

Y enseguida, en español:

—Fabián, mi hermana mayor Nanou.

Alto, moreno, un tanto desalineado y con barba de varios días, Fabián se inclinó y me dio dos besos.

—Encantada.

Sonreí y él también sonrió. Algo en su mirada me resultó inquietante.

—¿Habéis traído más equipaje?

Pauline asintió. Y dijo:

—Esperad, voy a por él.

Aun sabiendo que iba a por su maleta, Fabián no hizo ni el menor amago de acompañarla.

No tan lejos de donde estábamos, la gente se arremolinaba en torno a los contenedores del equipaje. La perdí de vista a mi hermana y supe que se demoraría unos minutos en regresar. Me sentí algo incómoda no sólo por la imposibilidad de entablar cualquier diálogo trivial con él, sino porque no dejaba de mirarme. Forcé una sonrisa mientras me pasaba las llaves del coche de una mano a la otra. Cerca, entre nosotros y los contenedores, algunos turistas se montaban en las furgonetas que los llevarían al pueblo. Y él seguía mirándome, como si no existiese ninguna

otra cosa a nuestro alrededor, como si no hubiese gente ni cielo ni mar ni rocas iluminadas por los últimos rayos de sol. No sé cuánto tiempo pasó pero Pauline parecía no regresar nunca.

También tardó en venir cuando murió madre. Lloraba al otro lado del teléfono y del Atlántico. «Por el amor de Dios, Pauline, ¿qué haces allí? ¿No estabas en Marsella?». Lloraba y mientras lloraba juraba coger el primer vuelo de la mañana. Y no se lo dije porque ciertas cosas no hacen falta decirlas pero las dos sabíamos que ya daba igual. No ha dejado de viajar desde que acabó la carrera. Con o sin dinero, siempre se las apañaba para estar lejos. La enfermedad de madre, larga y por momentos intrascendente, no la detuvo. Y la verdad es que no me extrañó que estuviese en Guyana cuando ella murió.

De camino al pueblo, apenas si hablamos entre nosotras. Pauline señalaba con el dedo más allá del cristal de la ventanilla, volviéndose constantemente, mientras explicaba, supuse, la geografía de la isla. Fabián iba detrás, medio asomado entre los asientos delanteros, asintiendo sin decir demasiado. Y yo intentaba evitar el espejo retrovisor porque cada vez que lo hacía, encontraba su mirada, fija y enigmática.

—Está preciosa la isla.

Después se volvió y habló en español. Y él también habló. Por el tono del diálogo parecía como si dudaran de algo. Vi que ella le acarició la barbilla, lentamente. Tal vez hasta se hayan besado. Empezó a molestarme no poder entender qué se decían y los interrumpí.

—¿Le has contado a Fabián que de pequeñas pasábamos todos los veranos aquí?

Se enderezó en el asiento pero tardó en responder.

—Hasta que padre murió —dijo.

Su rostro se apagó de pronto.

—Sí, hasta que él murió. Y luego madre no quiso venir nunca más.

Pasábamos por Saint Pol Aurelian. Pauline, en silencio, fingió observar la iglesia como si fuese la primera vez que la veía. Aminoré la marcha.

—Pero no quiso regresar por otro tema —dijo—. Y eso no se lo he contado ni se lo contaré.

Desde el puerto de Stiff, la casa está a la salida del pueblo, al oeste, por la carretera que va hasta el Faro de Créac'h. Ya casi llegábamos. Pauline insistió:

—¿Sabes algo de ella?

—No. Supongo que seguirá en Molène. O tal vez haya muerto. A quién le importa eso.

Por asociación, y porque venía muy a cuento, supuse que me preguntaría por el barco de padre. Éramos crías cuando empezó aquella historia y todos procuraron que no nos afectara en absoluto. El barco era un cacharro, sin apenas valor, que estuvo años pudriéndose en el embarcadero secundario. En cierta época, imaginaba que se hundía y desaparecía para siempre. No sé por qué no se lo comuniqué a Pauline al venderlo, no le habría dado la más mínima importancia. No sé por qué no lo vendió madre al día siguiente de enviudar: debería haberlo hecho ella y no yo.

Pero Pauline no preguntó por el barco de padre y el llegar a la casa, después de que los tres bajáramos del coche, después de verlos quedarse quietos observando la fachada, ella se le acurrucó sobre el pecho y lo envolvió con los brazos. Yo me había adelantado, había, incluso, abierto la puerta cancel. Observé la escena desde el jardín, haciéndome la que esperaba, como si él no me estuviese buscando con la mirada por encima del hombro de mi hermana.

Hicieron todo lo posible para evitar que me diera cuenta pero se ducharon juntos. Había preparado carne estofada y mientras colocaba la mesa oí aquel golpe en la pared. Y enseguida otro. Y luego las risitas de Pauline. Tal vez por no dar crédito a la situación, o porque en algún momento me pareció verlo a él yendo por el corredor hacia la habitación, salí de la cocina y fui lentamente hasta el cuarto de baño. Cuando estuve casi pegada a la puerta me di cuenta de que en la mano llevaba la cuchara de madera con la que había estado revolviendo la comida. Se decían frases cortas, en voz baja y en español. Ella se negó a algo varias veces, después soltó un quejido. De modo inconsciente, me llevé la cuchara de madera a la boca. Después solo escuché el ruido del agua dando contra la losa de la bañera.

—Prueba y dime qué te parece.

Los dos esperaban mi veredicto, de modo que acerqué la nariz a la copa y en el mismo movimiento bebí un sorbo corto. Lo mantuve en la boca unos segundos, intenté saborearlo. No estaba mal y asentí con la cabeza.

—Bueno, sí. Me gusta.

—Mendoza —dijo él—. Luján de Cuyo.

Pauline, con su larga cabellera azabache todavía húmeda, me explicó qué era eso que él me había dicho. Volví a dar mi aprobación improvisando alguna palabra en español. Fabián hizo un gesto con el pulgar hacia arriba. Y me guiñó el ojo. No

era tan buen vino, después de todo. Por cortesía, pregunté si la cena había estado bien. Pauline, como en casi toda la conversación, le trasladó la pregunta a él. Los dos rieron con la respuesta.

—¿Qué ha dicho?

Seguían riendo. Pauline hizo amago de darle una colleja.

—Que sí, pero que...

Él intentó interrumpirla.

—¡Calla! Que sí, que le ha gustado. Pero que más le gustamos nosotras.

No recuerdo que hice, probablemente llevarme la copa a la boca.

Esa primera noche me costó conciliar el sueño. La cisterna del váter, la puerta del cuarto de baño, los talones descalzos y apurados dando contra la tarima, otra puerta, susurros, la cama chirriando. Tampoco estaba acostumbrada a recibir visitas, y mucho menos de ese tipo. Suelo quedarme dormida con el silencio, a veces, como mucho, leyendo cosas del trabajo. Y Pauline siempre fue ruidosa, extrovertida y desordenada. Madre solía bromear con que éramos las hermanas más diferentes de toda Bretaña. A veces decía de toda Francia. Y era cierto. Incluso físicamente: ella con su pelo negro y su piel trigueña, yo con esta palidez exasperante que no se me quita ni poniéndome a cocer bajo el sol de agosto. No sé a qué hora logré dormirme pero a las diez menos cinco de la mañana Pauline tocó la puerta.

—Perdona si te despierto, Nanou.

Miré el reloj: no podía creer que fuese tan tarde.

—Fabián y yo iremos a dar un paseo.

Me restregué las manos por la cara.

—De acuerdo —dije—. En el recibidor hay un juego de llaves, cogedlas.

Esperé a que salieran para vestirme. Era viernes y la idea de que todavía quedaban dos noches más me retumbaba en la cabeza. Mientras me cepillaba los dientes, observé que había unas bragas colgando de los grifos de la ducha. Blancas, de algodón, llevaban un dibujo en la parte de delante. No sé por qué pensé en que mi hermana tenía treinta y dos años. En la cocina, junto a la cafetera, me habían dejado una nota. Decía: *Vente. Estaremos en la playa de Yusin. Te queremos. DxF.* Desayuné revisando el correo. Había procurado entregar el trabajo de toda la semana el día miércoles, para poder estar con ellos sin mayores preocupaciones, pero había surgido un problema con uno de los archivos y debía reenviarlo inmediatamente. DxF, pensé. Y pensé: Pauline ¿por? Fabián, Y pensé: si la D está

primero significa que la notita la escribió él. Volví a leerla. ¡Estaba en francés! No podía haberla escrito él. ¿Lo habría ayudado ella? ¿Por qué? ¿Se lo habría pedido él? ¿De quién fue la idea? Lo imaginé escribiendo Te queremos, y por supuesto lo recordé diciendo que más le gustábamos nosotras. Apagué el ordenador y decidí ir a Yusin.

No había salido aún cuando recibí el SMS.

Este tonto se ha dejado la cámara de fotos en la habitación. Sobre la mesilla. Tráela, por favor. ¡Te esperamos! Besos.

Era una trampa. Pero en ese momento, mientras leía el mensaje, lo ignoraba.

No estaba sobre la mesilla sino sobre una de las almohadas. Lo que sí había sobre la mesilla, junto a un neceser y algunos cables, era una caja de condones. La cama estaba revuelta y había ropa por todos lados, incluso en el suelo. No soy de andar fisgoneando en lo ajeno pero estando en esa habitación, casi a oscuras, me invadió una extraña sensación de incertidumbre. Cogí la cámara, la encendí. Pauline sonriendo, Fabián en la zona de llegadas del aeropuerto de Nantes, Pauline haciendo el símbolo de paz, Pauline con una taza de café. Luego media docena de paisajes. Reconocí algunos sitios: Le conquest, por ejemplo. Pensé en que ni siquiera habían estado en Brest. Varias fotos del ferry que los trajo a Ouessant, varias desde la cubierta: el puerto, las gaviotas, gente saludando. *RIEND'IMPOSSIBLE* pintado en la proa de un pequeño barco pesquero. El mar desde la cubierta, el mar y el horizonte infinito, cuatro o cinco veces más. Pensé que Pauline no haría esas fotos, al menos esas absurdas del mar y la nada. Una isla lejana que podría ser Molène, no estaba segura. Y el puerto de Stiff. Y la fachada de mi casa. Y una mujer desnuda, con las piernas abiertas, en la misma cama en la que yo acababa, casi sin darme cuenta, de sentarme. Las mismas sábanas. En esa primera foto no vi la cara de Pauline pero no había ninguna duda de que era el cuerpo de mi hermana. Y no porque yo lo conociera. De hecho, la última vez que nos vimos desnudas ni siquiera éramos adolescentes. Pero era ella. Debería haber dejado de mirar en ese instante. Y no sé por qué no lo hice. Pasé a la siguiente foto, y a la siguiente. Seguía con las piernas abiertas, aunque primero una de sus manos bajara más allá del pubis, y aunque después, en la siguiente, su dedo corazón desapareciera de la mano. Enseguida apareció él, tomándola por la cintura: Pauline ya no estaba bocarriba y en el final de su espalda, con letras góticas, un tatuaje ponía *Aller sample*. Apagué la cámara y me quedé sentada en la cama, sintiendo como si algún líquido me

estuviese subiendo desde el vientre hasta la garganta. Las imágenes siguieron dando vueltas en mi cabeza un buen rato.

Salí de la habitación y casi inmediatamente de la casa.

De camino a Yusin tuve la certeza de que la trampa me la había tendido ella y no él. Detuve el coche y respondí el mensaje de Pauline:

Acabo de ver tu mensaje. Estuve fuera. No he podido ir a por la cámara. Lo siento. ¿Seguís en Yusin?

La verdad es que dudé bastante en ir pero no quería quedar en evidencia, que se burlaran aún más de mí, y fui. Bajé andando, los busqué. Fabián estaba tumbado de lado, con el codo clavado en la hierba. Fumaba. Pauline también fumaba. De hecho, fumaban el mismo cigarro. Era marihuana. Me ofrecieron y dije que no con un gesto.

—Ven, siéntate con nosotros.

Me pareció descortés negarme pero la invitación era para que me ubicara en medio de ellos. Pauline dio una calada y volvió a ofrecerme. Enseguida sentí que esta vez no podría escapar. Y no me refiero a la marihuana. ¿Qué tramaban? Tal vez ni siquiera me importó saberlo. Fumamos. La mano de Fabián entrando por debajo de mi camiseta, subiendo por mi espalda, fue lo primero y único que quiero recordar. ¿Y Pauline? Pauline no dijo ni hizo nada, estaba ahí, tumbada de cara al cielo, con los brazos hacia arriba y las rodillas flexionadas.

Esa noche cenamos en silencio, apenas si cruzamos las miradas. Y bebimos. Yo demasiado. Y al día siguiente decidieron marcharse de Ouessant. No sabría repetir cuál fue la excusa, algo relacionado con Fabián, con un familiar suyo. Pauline no me lo dijo porque esas cosas nunca hacen falta decirlas pero no quiso que los llevara a Stiff. Pidieron un taxi y recuerdo que me quedé mirando por la ventana hasta mucho tiempo después de que la furgoneta desapareciera. Ese último fin de semana supe, no sólo que no me había perdonado, sino que no lo haría jamás. Por supuesto no cogió el primer avión y llegó a Brest cuatro días después. Me llamó desde Denfert Rochereau. No hablamos mucho porque ella había discutido con la compañía aérea y su enfado le impedía casi cualquier cosa, incluso escucharme. «Ahora debo cruzar todo París porque a estos inútiles se les antoja que cambie de aeropuerto». Despotricaba a los cuatro vientos, sin apenas respirar. La comunicación se entrecortaba. «Ahora esta mierda de bus hasta Orli». No me dejaba hablar. Y yo sólo quería decirle que había ordenado incinerar el cuerpo, algo que Pauline no me perdonaría jamás. Las dos sabíamos que madre nunca se había

pronunciado sobre ese asunto, de modo que sí: la decisión había sido mía. Ella continuaba insultando a Air France y a cuanto transeúnte se le cruzaba por las narices. Tiempo después llegué a pensar que lo había hecho para tapar su ausencia y por haber tardado cuatro días en llegar a Brest. Aquel modo de no parar de hablar habría sido, supuse, poner en práctica el viejo lema de que el ataque es, siempre, la mejor defensa. Sin esperar a que dejara de soltar sandeces, me decidí y le dije: «He esparcido sus cenizas en Le Pont de Recouvrance». Pauline enmudeció de pronto: como si se la hubiese tragado la tierra en el mismo centro de París. Y yo agregué: «Sí, eso hice». Entonces las dos nos quedamos calladas. No sé si a ella se le vino a la mente que madre, muy de vez en cuando, solía decir que ese era el sitio en donde alguna vez había sido feliz.

Île d'Ouessant, 2014